

I

CONTRACTILES PUPILAS DE UN FELINO

El caso es que también una mosca se ha refugiado, así llegamos a creer, en un rincón de tu habitación. Y precisamente, ahora, cuando tú vas a la cama, luciendo una pijama fresca y te acuestas, oyes su desagradable zumbido y la ves revolotear en torno a la bombilla. Sudas con el esfuerzo, comprometes en el caso el poder de los intestinos, llega a dolerte la boca del estómago y no logras imaginarte de qué basurero ha podido llegar, ni por cuál resquicio pudo haberse introducido.

Echas a rodar el engranaje de un molino satánico, tus cavilaciones, eso sí, porque no está en tus manos el que se quede inmóvil, y llegas a sospechar que la mosca proviene de un botadero de basura vecino y oculto, y llegas a barruntar que tal vez el animal ha crecido debajo de la cama. ¡Hace tantos años que no la mueves, ni siquiera para barrer!

Pero no llega a ocurrírsete qué origen puedan tener sus huevos, ni la manera como hayan podido desarrollarse las larvas. Llegas a temer haber quedado ciego, casi que regalarías para un hospicio tu raiquítica imaginación.

La ves revolotear y posarse unos segundos que te parecen blandos y estirables como gelatina y te parece que la puerta donde está posada comienza a derretirse.

Desearías ser arquero, tener listo el arco debajo de la almohada y alcanzarla, tender la cuerda y disparar la saeta y sobre todo de un solo tiro desearías herirla en cada uno de sus infinitos ojos, enceguecerla y reír a carcajadas con su torpe revoloteo, dándose contra las paredes. La oyes zumbar, el ácido de su reseco vuelo irrita tus heridas, sientes

una rasquiña en las piernas y entonces desearías construir una trampa que la aprisionara las patas, que le quebrantara las falanges y la hiciera desangrar lentamente.

Ahora no la ves, pero la oyes dar vueltas en la sala. Si pudieras atraparla le quemarías con un hierro candente las alas, la amarrarías al potro con cordeles hirviendo, darías orden de torturarla y sentado fumando un cigarrillo esperarías cuanto tiempo fuera necesario para retorcer su obstinación y hasta cuando el dolor la obligara a abrir la boca. Te molesta que sólo zumbe, te intranquiliza que no hable, de mil amores ordenarías que la colocaran con el abdomen destripado en la silla giratoria. Con tal de que indicase siquiera con el dedo, con la más tenue, delgada y cabalística orientación de su vuelo, con tal de que un guiño encendiese la cabeza de un fósforo en tu alma, la harías desnudar a latigazos, le meterías el culo en agua hirviendo, la harías desollar viva, la obligarías a caminar con las patas desnudas por encima del hierro candente de una fragua. Erradicar los tugurios y construir nuevas viviendas con los huesos de San Ciriaco.

Pero tú ya sabes que ninguno de estos recursos está a tu alcance. Podrías perseguirla, acosarla agitando una camisa, acogotarla, acorralarla, di tú, en alguna esquina, y darle con el dedo del corazón el papirotazo de gracia. Si quieres, podrías alcanzar el taburete, apagar la luz, regresar y taparte los oídos y dejarla que engulla con desaparecible zumbido el silencio y la oscuridad. Pero no, tampoco lo harías porque ahora estás dudando.

Has vivido con el ombligo atado a las teclas de la máquina, te alegras tan fácilmente con un clima cálido, ignorando que la inmundada carroña, la traidora cáscara de banano, el aire, color de arena, brotan de tus entrañas y tampoco has visto cuando el repugnante insecto brotaba por las anchas fosas de tus propias narices. Desconfiar del paisaje de los burgueses y pequeños burgueses que acaban de patentar en el calendario los fines de semana.

Habías llegado a dudar de la inutilidad de cazar el bicho y darle muerte. Pero no estabas seguro. Quizás ahora percibas que ella revolotea en tu alma importunando con su vuelo toda salida, zumbando a través de los aposentos, intranquilizando la muda indiferencia de las escaleras de piedra, metiéndose en la buhardilla, silenciando la estridencia de la música y dando vueltas alrededor de tu propio corazón encendido. El problema es porque caímos en la tentación de asistir a la fiesta; volver a salir duró ochenta años; muchos de los invitados habían muerto dándose dentelladas.

Vivías confundido con el color de la piel y la potencia de los pulmones y no te dabas cuenta que no eran cosquillas, que era el calor

que creaba los huevos en la herida de la carroña; llamabas dolor de estómago el crecimiento de las larvas y te intranquilizabas con la receta de un amigo tuyo médico, y has necesitado de una noche con espinas para darte cuenta que el inmundo insecto se ha desarrollado en tus propias entrañas, ha brotado por la fosa de tus narices y ahora vuela y zumba adulto y poderoso, quien sabe hasta cuando. Este médico se extrajo la misma noche sus dos ojos con la punta de un alfiler en un ataque de remordimiento después de una receta.

¿Quién cura a los médicos?

Y tú ya sabes lo que ocurrió aquella noche y no podrán olvidarlo y tuviste razón cuando llegaste a temer que convertida en vampiro te sorbiera los sesos. En el vespertino se habla de una plaga de moscas alrededor de la carne mortecina del busto de Simón Bolívar.

Aquella noche despertaste, tu habitación era una alfombra, y la alfombra daba vueltas en torno de la luna, y la luna era un sartén; el viento zumbaba en medio de la noche, dabas vueltas y revoloteabas por encima de la ciudad. Y cuando dos botellas se quebraron y tintineó dulcemente el móvil pensaste en los chorizos, churros y rellenas que se interponían en tu vuelo horizontal y apacible. Durante la ley seca, mataron al perro Capitán y se emborracharon con su sangre. La cuarta pata del can era de palo; al amanecer sirvió de arma de doble filo.

Te levantaste, advertiste sobre los libros la presencia de una gata siamesa, volviste a mirarla y recordaste haber dejado entornada la ventana, pensando tal vez que un resquicio te podría liberar de la presencia y la pesadilla del inmundo insecto de infinitos ojos.

Siempre habías soñado con tener entre tus libros las contráctiles pupilas de un felino, así que te acercaste, sin temor, confiadamente, le atusaste los bigotes y le alisaste la piel. Y sentado en la silla esperaste toda la noche con los pies fríos que el animal saltara al piso y regresara con la palangana de agua caliente y las lociones persas para el frío, la humedad y la pestilencia; deseaste que ella desamarrara los cordones de tus zapatos, te quitara las medias, y cazara la mosca. Creíste hablar con ella y no olvidarás que desde el rincón en que afilaba sus uñas te lanzó por el aire un cigarrillo encendido que tú consumiste con el engolosamiento de un niño. La oíste hablar sentado, mientras el animal dilataba la pupila y creíste que te confundía con sus palabras de misterios y contradictoria significación. Te llamaba a su lado, y al mismo tiempo te rechazaba con su miau-miau, creíste por un momento que se quedaría pero por el brillo de sus ojos descubriste que se desentumía para partir, te pareció tierno y puro su rostro pero la oíste afilar sus uñas toda la noche, lista a caer sobre ti, no sobre el bicho y no

vas a negarlo, necesitaste verla ya en el tejado, atravesando el caballete, para sospechar que se trataba de la reencarnación de una princesa o de la cruel mulata que perdió en su callejuela toda su juventud sin rumbo.

No olvidarás que cuando fuiste al baño la luz había quedado encendida y la llave del lavamanos abierta y que creíste desangrar por el desagadero. No olvidarás que esperaste la caza de la mosca por el felino repantingado en tu silla de espectador curioso.

A las paredes les creció lama, la humedad suplantó el silencio, la cal blanca recubrió el negro color de la media noche. Llegó a faltar el aire, abriste un postigo y descubriste que las cruces habían crecido a tu ventana, un cuervo graznó oculto en el campanario, se te atravesó una astilla en la garganta y no pudiendo resistir más gritaste, gritaste seguro de estar metido en una bóveda, acorralado por la invasión de los gusanos, enterrado vivo.

Y no vas a negarlo, hoy podrías salir, poner tu caliente cabeza bajo el chorro de agua fría, incluso podrías comprar una botella de vino y cambiar de vestido varias veces. Pero el empujón ha sido tan violento y la caída tan honda que deberás esperar mucho tiempo a que la oscuridad te haga salir las uñas para comenzar a trepar hormiguero arriba con la nostalgia de una mañana tibia. En cualquier esquina, alrededor de cualquier mesa, vas a sentirte sucio, vas a oír crecer el sudor, te va a molestar la cercana presencia de un botadero de basura; dos falos atrofiados volverán a crecer bajo tus axilas.

Vas a pensar que muy cerca toda la ciudad arroja sus inmundicias, excreta su purulenta alma; vas a sufrir con el lugar de toda la excrecencia del mundo, con el fétido olor de las cañerías, el cúmulo de los residuos, la lenta combustión de los desechos.

Los amigos te oirán hablar de máquinas con engranajes diabólicos que te aturden, de fieras que devoran y despedazan víctimas, en el trayecto de una esquina a otra y con la insensibilidad con que esta ciudad salchichera y sin adecuados medios de transporte sacrifica a diario ochenta toneles de empanadas.

## II

### **CALOR DEL SOL SENTADO DE CULOS Y RETRAIDO EN RETRETE**

El caso es que una gotera tampoco te deja dormir, su nervioso tan-tan te produce desazón y te recuerda un dolor de cabeza que pa-

deciste y del cual se resintieron hasta tus silenciosas palabras; ignoras qué día de la semana transcurre, pero cuando observas el pantalón colgado y con las manos te tocas el cuerpo, te das cuenta que aquellos están secos y este caliente, entonces concluyes sin hacer memoria, porque sí, que hizo un día caluroso, de empanadas con uñas de esqueleto y nubes repletas de cuábulos de sangre rellena y ya te imaginas la luna en la punta de la daga.

Podrías incorporarte y engolosinar aquel malestar que ya te ciñe con el filo de su guillotina, di tú, con una tacita de agua caliente y la lectura de la esquina de un periódico viejo. Pero ahora vuelves a sentir la punta de un alfiler que discurre amenazante por la corriente impetuosa de tu sangre atraída por el imán de tu corazón que palpita y temes que llegue atravesarlo de dorso a envés causándote una mortal herida. Hay una estación de ferrocarril sobre la terraza del edificio de Seguros.

Cuando creías que la plancha de carbón era la locomotora en que ibas a viajar hasta el cielo una semana de vacaciones, te desesperaste una noche sintiendo que una gota de agua te caía en el occipucio, horadaba con el espiral de su broca el cerebro y te abría en dos cascos como una naranja.

Esta noche cuando sudas, con el calor del sol sentado de culos oculto y retraído en el retrete, llegas a darte cuenta que es el tic-tac de la gotera, la sola música que te acuna desde cuando duermes solo. Habías tomado su lenta caída como una canción de cuna, su periódico y persistente vuelo lo habías tomado como el inofensivo y dulce timbre de un cascabel de oro.

Has necesitado amanecer con la sierra que te partirá en dos si no despiertas a tiempo para encarar seriamente la gotera que sigue despeñándose en el vacío, si no abres los párpados para recibir el insomnio del agua, para reconocer que la vigilante persistencia seguirá destilando su amargo zumo de algunos días más.

De repente se te ocurre que su tic-tac te corroerá los huesos con su ácido sulfúrico. Esta noche ya no resistes más el taladro con su zumbido de abejorro horadándote el ombligo, y destrozándote el tímpano de los oídos.

Sin embargo ahora recuerdas haber abierto la ventana, tal vez cada mañana, para calentar la espalda, pero al mismo tiempo te ves obligado a reconocer que no has oído muy bien, que te has distraído más de lo que fuera necesario con el extraño rito de un gallinazo en el caballete abriendo las alas y con el ladrido de un perro sujeto a su cadena. Te has dormido durante varios meses soñando con un paraguas negro sin tela, estando sentado te has levantado de la silla con

gozo, oyendo falsamente que golpeaban a tu puerta, varias veces saliste a la calle provisto de abrigo y cubierto con la gorra precisamente en esplendorosos días de cataclismo.

Esta noche se trata de una gota de oro fundido vertida en una herida, si quieres el roce del ala de un quiróptero que te levanta salpullidos y escoriaciones en la piel; cuando entornas los ojos te despierta la sensación de estar en el asiento de lava hirviendo de un volcán, redivivo y no puedes resistir más, te levantas, ingresas al baño, tomas la tapa azul del water-closet, inspeccionas el tanque y compruebas que está llena de agua mierda. Pero no comprendes, vuelves a salir y extraes del armario el mohoso martillo que compraste para clavar una puntilla y colgar un cuadro que todavía no has visto y que ni siquiera has comprado. No reparas que será desproporcionado destruir el pedernal, no cuentas con los estridentes ruidos que harán pensar a los vecinos en un crimen de media noche; es necesario que el agua inunde el entelado para que llegues a temer morir arrollado por la creciente. Perplejo, creyendo que alguien ha colocado un sombrero sobre tu cabeza, recuerdas haber solicitado desde el año nuevo al dueño de tu casa una inspección de los techos, estás seguro de que todos los agujeros han sido localizados y que las manos del plomero han destruído hasta las rendijas que no existían e inventó para justificar una tarde en el caballete soñando que tocaba el violín, y esta noche no llueve, pero temes que se te inunde la sala, tomas de una esquina un balde y lo colocas en cualquier lugar de ella, miras hacia el cielo raso y te parece que el recipiente te salvará de morir cansado de nadar y exhausto sin encontrar orilla.

Sin embargo no vas a poder conciliar el sueño, vas a intentarlo pero no vas a poder, de nada valdrá que hayas echado a rodar la cama y que la hayas transportado a otro lugar de tu misma habitación. Ya estás oyendo el mazo de un tambor que golpea el asiento de aluminio, la gotera cae periódicamente en el fondo del balde y cuando abres la ventana y vislumbra la calle descubres que los pinos caminan, que tiembla la espiga de los postes, que la luz se apaga y cuando vuelves a entornarla, oyes las campanas de la Iglesia tañendo inexplicablemente. Desde muy antiguo el insomnio es aquel cuervo que se alimenta de la sangre de sus víctimas extrayéndola por los ojos.

Te duermes o vigiles con un cigarrillo en la boca vas a levantarte y vas a descargar puñetazos contra las paredes, vas a temer no haber salido de la paila de la ramada en que hervía el zumo de la caña y que bordeaste un día con la convicción inocente de haberte mantenido a prudente distancia de ella, sin peligro alguno.

Quizás sea mejor que no resistas, que cierres los ojos y no pienses

quién impulsa tu silla; quizás sea más acertado aspirar el humo y tragarte el cigarrillo. Así por lo menos tendrás que oír el tin-tan de tambor, tendrás que escuchar la música del sacrificio que se enciende muy cerca; te dormirá el pestilente sudor de la ronda que danza a tu alrededor frenética y con los brazos entrelazados. En cambio vas a evitar herirte en la niña de los ojos con la punta del puñal de blanca lámina que esgrime el verdugo y si amaneces vivo vas a tener que desatar con los dientes las ligaduras que te tienen atado a los brazos de la silla y vas a tener que poner algodón en las heridas causadas en el brazo y en el pecho.

Pero al menos has olvidado por un momento que pudo haber llovido tan recientemente, que tu cadáver pudo aparecer flotando en la superficie con el vientre hacia arriba. La calle es todavía un río; atravesas la esquina, pero no olvidas que pese a todo el cuidado que pones en pasar un caimán puede dejarte tuerto, manco, lisiado, paralítico.

### III

#### NADIE SABE SI UNA BRIZNA DEL VIENTO LA APAGARA PARA SIEMPRE

El caso es que también se asciende por el estribo y se regresa a casa después del trabajo, luego de un emparedado de queso, con el cabello destilando la mierda persistente y copiosa de la calle, con las botas húmedas y alguna inquietud escondida en el bolsillo interior del saco. (Al cabo de los días las inquietudes toman la forma de la lepra y apestan).

Pasada la media noche los automóviles emboscados por la rasante niebla horadan con las antenas de sus faroles el negro e impenetrable socavón de las bocacalles. El único animal que puede y sabe manejar varias hembras es el gallo. Y el gallo no tiene pene.

Y uno se topa frente a frente con esas distracciones que son la hembra gata cruel que espera a su amante, hasta cualquier hora de la madrugada para abrirle la puerta y confundirlo con una bocanada de humo en los ojos.

El talle y el sensual contoneo de un recibo nos han hecho olvidar la compra de la bombilla. Lejos, por decirlo así, a la periferia de donde era imposible regresar a tiempo por el mismo camino, a la orilla, olvidados de la meta propuesta desde el mantel de la mañana que sostiene la taza de café negro, nos ha arrastrado la pantorrilla de la colegiala

y el aire de una tarde opaca y densa. Nuevo material para sustituir el plástico: los mocos de los sinosíticos, sifilíticos, paralíticos.

La dificultad consiste en oponer con tino el dorso de la mano a las intenciones del viento orín, en no enredarse con la oscuridad que crece como maleza y reptar por el suelo, sin darse cuenta de que si se pierde la cabeza de un fósforo estaríamos metiendo la garganta en el ojal de la sogá que pende de las vigas del techo. Todas las ocupaciones de Sergio Ramírez son necias; toda ocupación que no se tome como el juego de billar lleva a la locura.

El fósforo se ha encendido pero la llama tiembla en el cuenco y nadie sabe si brizna de viento la apagará para siempre.

Y como si nuestra suerte tuviera que hacer frente a la sorda conjura de las dificultades, que protegidas por la noche ladran, todavía habrá que llegar a tiempo a la mesa rinconera que sustenta el candelabro. Uno desearía entonces que en su cerebro encapotado, el choque de las contradicciones, la luz del relámpago y la velocidad del rayo permitieran del descenso oportuno a un recóndito recuerdo, que de repente sin que tú pudieras adivinarlo antes, ha sucedido al estrado de un juez que tiene en sus manos el misterio del tiempo. ¿Será el abismo?

Si la malignidad del amor y la sorda conjura de las dificultades llegaran a hacernos fracasar, tendríamos que hacer frente solos y con el insomnio hecho una llaga a la profundidad de las horas, a la frialdad de los hechos, al oscilante balanceo del corazón en su lámpara de aceite encendida. Y tendríamos que soportar el tic-tac de la gotera que cae como hierro derretido horadando una a una las articulaciones y reduciendo a ceniza los huesos. Porque desde afuera las puertas nos hablan con la adusta y severas señas de las cadenas y la distancia nos separa abismal de la estatua de la plaza. El busto ya no existe, los iconoburladores del heroísmo echaron a los perros vagabundos de la carrera séptima la carne mortecina del dorso.

#### IV

#### NO PODER REGRESAR

LA ANECDOTA REZA ASI: SE TRATABA DE LA VENTA DE UN CABALLO SIFILITICO; EL ABOGADO LLEVABA ESCRITAS A MAQUINA DOSCIENTAS PAGINAS Y TODAVIA NO APARECIA EL DOCUMENTO DE COMPRAVENTA, NI LAS LLAGAS DE LA ENFERMEDAD, NI EL NOMBRE DEL CABALLO.

Si uno avanza jinete en su caballo por el sendero empinado quizás lleve las riendas con una mano y con la otra se agarre al arzón delantero de la silla, porque después de todo uno es un buen jinete y en cualquier momento de un descuido bastaría para resbalar de la silla, caer y abismarse; quizás uno vaya pensando que el animal camina muy lentamente, lo que con verdad se ha dicho nos dará más seguridad, que si por ejemplo contra nuestro esfuerzo por contenerlo, la bestia diera en trotar; quizás al comienzo uno no entendería bien la situación y el camino lo tomará como un alegre viaje de campo después de las agotadoras jornadas de la semana.

Todo será, la culpa de nuestra simplicidad constitutiva. Hartas veces los amigos nos han prevenido seriamente contra la ingenuidad de tomar las cosas dulce y llanamente. Metidos en el atolladero nos decimos que en adelante será necesario planear y calcular. ¡Cuántas oportunidades no hemos perdido con nuestra infantil inocencia! Es necesario despertar en adelante, nos decimos; solos somos y ver como nos hemos de valer; hace falta amor al poder y conviene no dejarse conocer fácilmente. He aquí las que deberían ser nuestras divisas, nos repetimos a menudo.

Y henos aquí de nuevo: avanzando por el sendero escarpado y difícil; las paredes de la roca avanzan agresivamente cortándonos el paso. Unos pasos más y el camino que llevamos habrá avanzado hasta chocar el máximo límite; el animal se detiene y con un relincho nervioso parece lanzar la advertencia del peligro.

Si entonces uno pudiera alzar la mano y deslizarla en el bolsillo trasero buscando un cigarrillo. Pero un movimiento así sería en aquel instante fatal. Estamos danzando en la cabeza de un alfiler. Si siquiera pudiéramos halar la nuca del animal y obligarlo a retroceder. Pero no, sin remedio, sentir que el abismo nos atrae con sus fauces abiertas. Y haber caído muy tarde en la cuenta; haber vuelto a olvidar las intenciones y pensar precisamente ahora en poder recuperarlas y esclarecerlas. Quizás ante el peligro haber despertado definitivamente, pero precisamente no poder regresar. Después de un instante de tanta lucidez haber perdido todas las oportunidades.

## V

### LOS DOS ESPEJOS DEL TOCADOR SONORO

Frente al vidrio de la ventanilla Rosita se recompuso las puntas del cabello.

—Cuántas veces tengo que firmar— preguntó Rosita a la pagadora.

—Tres— le contestaron. Por el boquete inferior le acercaron la nómina. Rosita tomó de su bolso el estilógrafo y firmó en la margen de tres lugares diferentes. Mientras la pagadora le extendía el cheque, Rosita siguió mirándose en la luna del espejo de la ventanilla transparente.

—¿Qué se hicieron las pinzas?— dijo. Las dos crenchas de la cabellera se habían deshecho sobre sus hombros; las pinzas habían caído por la espalda de su imagen reflejada en el vidrio; Rosita ni las oyó caer, ni tuvo tiempo tampoco para empinarse y mirar al fondo por encima del hombro. La pagadora le hizo entrega del cheque. Rosita dio las gracias, lo envolvió y lo guardó en el monedero y atravesó el corredor del Colegio para dirigirse a casa. Al descender la escalera Rosita volvió a poner la mano sobre la cabeza. Asnografía es la descripción de las personas que escriben diccionarios de literatura.

—También la balacá debió caerse en la calle— dijo. La cinta roja había caído a los pies por la espalda de la imagen reflejada en el vidrio transparente de una ventanilla de espera. Por la misma memoria y en idéntico fondo se precipita el malestar causado por una mala noticia y las consecuencias futuras de un dolor en el pecho. Poco después la empleada barrió el piso de la oficina; al mismo rincón fueron a parar las hilachas de una lámpara vieja, dos pepas de collar, y una varita de hierro que se resistió al calor de las tentaciones y que sólo abrió las piernas para dormir de espaldas diez años más de la fecha de la tarjeta. El mismo día Rosita ordenó a Antonio Vargas el carpintero la construcción de su mesita de tocador.

—Le abono la mitad— dijo Rosita a don Antonio y sobre el banco del taller depositó la mitad del valor de la hechura.

—El tocador llevará también un bolsillo secreto— Dijo don Antonio a Rosita.

Don Antonio construyó un tocador con dos espejos; el uno por el haz y el otro por el envés; ambos igualmente transparentes; en la parte derecha del primer espejo levantó un barrote para que Rosa colgara allí los rulos; en la parte izquierda colgó de una hebra un móvil sonoro que hacían vibrar el viento y las esperanzas; la gaveta central la construyó a la altura de la cabeza de Rosa, la recubrió de una lámina de cobre y el día que entregó el tocador lo hizo escondiendo en la gaveta el primer frasco de perfume; por el envés confeccionó un pequeño columpio; el colchón del asiento lo fabricó con plumas de aves de su corral.

Un día después de la llegada del tocador y la luna de dos espejos, Rosita despertó temprano y se levantó en seguida:

—Estamos citados para una reunión con el Rector— dijo. Mérida,

su madre, le preparó el desayuno. Rosita salió del baño con el gorro de plástico en la cabeza y envuelta en una toalla. Rosita ocupó el asiento de su tocador, se desajustó el gorro de la cabeza y el cabello cayó sobre la espalda. Rosita se miró al espejo, la toalla cayó por la espalda al suelo y su cuerpo se reflejó desnudo en el agua.

—Va a llover hoy— dijo y se levantó para mirarse de espaldas. Sobre la superficie transparente del espejo sopló de un borde a otro un viento de embriaguez nocturna. El cuerpo de Rosita tembló de pies a cabeza. El vaso que contenía su anillo de piedra verde, cayó al suelo y el agua del fondo de su imagen vibró produciendo ondas concéntricas que deshizo el viento de un aviso luminoso. Rosita estuvo atenta y pesarosa observando como desaparecían entre los remolinos las correitas de sus sandalias, extendió un brazo y sintió sobre la planta del pie el frío de la sombra de la orilla haciéndole cosquillas.

—Voy a llegar tarde —dijo. En la cocina chisporroteó la cacerola. De la rama más baja del barrote de la derecha cayó el pomo azul. Rosita lo recogió con temor de hundir el pie en el légamo de la orilla; después recubrió el rostro de un polvo adecuado para un día de perspectivas lacustreimaginarias. Rosita ama y siempre desea hacer daño. Mito de la mujer gata.

—Tengo que comprar lotería hoy— dijo después a su madre.

Las cosquillitas de las dos orejas las conjuró con una gota de perfume; al colocar de nuevo el frasco la satisfacción hizo temblar la cuerda del móvil acuosono. Con el pelo suelto Rosita fabricó una castaña siguiendo el modelo de la imagen reflejada en el agua en el fondo del espejo. Amor, arrodíllate y deja que te hunda el puñal que tengo en la mano y a pesar de la herida di: te adoro.

Rosita regresó durante la noche.

—Después de la reunión nos entrevistamos leyendo un emporio de conocimientos benévolos— dijo Rosita a su madre.

Se quitó los zapatos húmedos a causa de los charcos.

—Cámbiate de ropa que el agua puede hacerte daño— le dijo Mérida; el peinado lo había deshecho un nubarrón gris y el fétido olor de los orines de un perro junto al poste. Saltando baches y orillándose bajo los aleros Rosita olvidó el término de un número de la lotería; pedazos de barro le salpicaron el canto de la falda; en un descuido le robaron el dinero de la cartera mientras hacía el viaje en autobús.

La imagen de la mañana permaneció después de su partida durante algunos minutos adherida a la luna del espejo; la primera en marchitarse fue una pinza de la cabeza, cayó al agua y la borró la espuma; cuando salió el sol en el espejo, los brazos de la imagen de Rosita estaban cubiertos; el rostro redondo y colorado adquirió forma

oblonga bajo el efecto del robo; el color del vestido adquirió un tinte amarillento y el conjunto estuvo desintegrándose en el abismo de un lago invisible. Por curiosidad Rosita volvió a sentarse en el asiento de su tocador sonoro. De la gaveta tomó el pomo del aceite, lo destapó y humedeció con los dedos la piel del rostro, el pasamanos del puño de la blusa, el bordado del pecho y la gorguera que habían permanecido desde la mañana fijos en la luna del espejo configurándose una imagen perfecta que marchitó y deshizo el recuerdo. Los baches y el fango acababan de hundirse en lo más profundo de una memoria surcada por la lona de un velero más allá del amor y del tiempo. La imagen de Rosita no apareció en la luna del espejo.

—Anocheció— dijo. Se levantó para encender la bombilla.

El haz de su tocador sonoro continuó opaco; Rosita se levantó, dio la vuelta y estuvo de pie frente al segundo espejo, tampoco allí ni el ribete de sus ojos, ni la silueta de su cuerpo tenían un lugar brillante para reflejarse, retrocedió ante las arrugas de la frente que todo el día estuvieron adheridas al envés de su tocador. Aquella imagen resultaba contraria de la que había creado y de la que había visto durante la mañana al arreglarse para cumplir con una obligación del trabajo; ni la lluvia del día, ni el pantano de los charcos habían logrado borrarla de la superficie; el rostro se escurría hacia los extremos oblongamente y haciendo guiños; las mangas de la blusa sobresalían del saco deshilachadas y de diferentes colores; la cabeza entroncaba directamente con la espalda; ni orillas, ni sombra, ni recuerdos.

—Dios mío— dijo Rosita y corrió en busca de su madre.

La imagen de Rosita volvió a aparecer en el espejo del haz durante la mañana siguiente; le bastó sentarse y mover las pestañas para promover la caída de un polvo de estrellas; con el sol de la memoria y el reflejo del agua, el color rojo del lápiz labial se destacó mucho más en el borde de los labios. Rosita no había olvidado lo que le había ocurrido durante la víspera pero había perdido con el miedo la curiosidad para recordarlo. Ordenó a su madre que el tocador fuera recostado contra la pared para no tener la tentación de volver a mirarse de espaldas. Mérida tendió la cama, barrió el piso y puso contra la pared el tocador; en adelante parecía el espejo del envés haber quedado opaco e inservible.

Rosita olvidó los guiños y las distorsiones del incidente pero recordó siempre que al ceder a la curiosidad y al mirarse por el envés había sentido miedo. En el juego del amor el amante fue siempre más inocente que Rosita la institutriz dueña de un cementerio de gatos.

El tocador duró recostado contra la pared durante algunos meses; la imagen atropellada en esa forma no se borró y continuó cre-

ciendo; en el cabello enmarañado construyó una araña su tela; allí caían las mariposas. Para fabricar el nido de su madriguera los ratones redujeron a retazos los puños de las mangas y el bordado de la blusa hecho a mano; las manos se contrajeron sobre el dorso y finalmente se adhirieron formando un solo cuerpo con él; hasta una gallina enferma comenzó a poner entre un amasijo de cabellos y el guiñapo de un saco gris de paño. Una rata hizo el nido en la cuenca de los ojos de aquel cráneo vuelto por Rosita para no tener la tentación de volver a verlo.